

al casino y se dedicaron a asarlas en la parrilla de la oficina. Cuando Thalía finalmente apareció, a la una, se encontró con los hermanitos sentados, desahogados, en su alfombra, comiendo papas. Nunca más los hizo esperar. ■

ESTRENOS

Centinela  
los malditos

Director: Michael Winner  
Con Chris Sarandon, Cristina Raines, Ava Gardner  
1976. Mayores de 18.

Una teoría seudoreligiosa y poco edificante del destino de los suicidas de este planeta, unas frases de *El paraíso perdido* de Milton y una serie de obsesiones maniáticas del director Michael Winner emparentadas en grado lejano con las de *Orca* — componen las secuencias míticas de este filme, tan peregrino como

Winner no tiene empacho — más bien se empeña — en mostrar imágenes horripilantes de suicidas famosos de la historia, empujados en espantosa su próxima víctima, un modelo que cierta vez intentó cortarse las venas. Y que tuvo la ocurrencia de darse un piso en una extraña casa — escenario de las brujerías — donde brillan las lámparas, se realizan pantomímicas fiestas mexicanas (pero que existieron) y donde las vecinas lesbianas del primer piso se masturban con toda tranquilidad en público.

El vecindario bastante singular. Centinela, desde el último piso, in-



MODELO SUICIDA  
Víctima de turno

móvil y pegado a la ventana, observa y calla. Calla porque se supone que está muerto. Es sacerdote, y está allí para vigilar los malos pasos de los mortales.

Difusa e incomprensible — con un desfile de monstruos grotescos que invitan a esconderse bajo el asiento —, la película insinúa muy en el fondo una teoría siniestra contra la Iglesia Católica, ya que los sacerdotes — amén de las sotanas y su contubernio con los demonios — aparecen como los más grandes inquisidores de la humanidad.

EN RESUMEN: peregrina teoría o crítica a la Iglesia, monstruos filmicos. Y un intento de convertirse en un filme de terror. A duras penas emula las siniestras aventuras del doctor Mortis. MALA.

El mensaje  
de los dioses

Director: Erich von Däniken  
Alemania. 1976. Todo espectador.

Como en su anterior filme *Recuerdos del futuro*, Erich von Däniken insiste en su teoría — aceptable para algunos, dudosa para otros — de la existencia de seres extraterrestres en nuestro planeta desde épocas pretéritas. Sólo que aquí la novedad pierde su efecto y las luces son más débiles.

Pistas de un mensaje en gales atlánticos, piedras de Ica (sin del Perú) con inscripciones que muestran a seres con cascos de astronauta mirando al telescopio o realizando complicadas intervenciones quirúrgicas, más huellas gigantes en el desierto de Atacama, se suman esta vez a una serie de teorías parapsicológicas y otros "inecible, pero claro", que el autor se encarga de mostrar con caracteres de evidencia.

A medida que va delineando esta suerte de eterno retorno en todas las civilizaciones, desde la era mesozoica hasta hoy, Däniken refrenda su teoría a través de la entrevista en cámara a investigadores y científicos de diversos países: todos tienden a señalar que esta tierra es una sola y la misma ayer, hoy y siempre. Y que nada nuevo hay bajo el sol en materia de descubrimientos científicos, ya que éstos no son más que meras comprobaciones del legado que las visitas incógnitas nos dejaron en el pasado.

En la era de los asombros frente al más allá, no es extraño sin embargo que este mensaje divino cuente con una cantidad apreciable de seguidores. No sólo a través del cine Von Däniken ha resultado taquillero: sus libros, publicados con el mismo título de las películas, también suelen

permanecer en lugares destacados en las listas de los *best sellers* de esta última parte del siglo.

EN RESUMEN: A pesar de sus reiteraciones debe agradar a los ovnitólogos. ACEPTABLE. L. U.

Amarga  
victoria

Director: Robert Butler  
Con Anthony Hopkins y Elizabeth Montgomery  
EEUU, 1977. Mayores de 18.

Es una versión más de *Love Story*, esta vez con una pareja madura. Ella (Elizabeth Montgomery) — ecos de *Network* — es una dinámica y ambiciosa ejecutiva de TV. El (Anthony Hopkins), médico.

Hopkins, el excelente actor británico que estrenó en Broadway el papel del siquiatra de *Equus*. Ahora que se trataba de otro médico emocionalmente envuelto con un paciente, el antecedente seguramente le valió el papel. Para especialistas, es un placer ver a un buen actor que hace ingentes esfuerzos por no zozobrar en un agitado mar de lugares comunes. Su trabajo es interesante pero, frente a la artificialidad con que se desarrolla la trama, no logra rescatar la película.

A ella le comienza a doler la cabeza y su visión se torna borrosa. Se resiste a ver al médico, pero una amiga la conecta con el doctor Hopkins. Le descubren un tumor maligno en el cerebro y la operan. Pero la mayoría será pasajera y le quedan pocos meses de vida. Lo que no impide que doctor y paciente se enamoren, se casen y vivan juntos... hasta que la muerte los separe.

EN RESUMEN: Buena interpretación de Anthony Hopkins en un mediocre *Love Story* entre una pareja adulta. MENOS QUE REGULAR. H.E. ■

RESEÑA (1)

Un acierto  
de imagen

□ "Las tres mil palomas y un loro", estreno en el Petropol

Es imposible predecir si se trata del nacimiento de un dramaturgo propiamente tal o de una obra única de catarsis en que un escritor exorciza sus demonios interiores. Sí es evidente que *Las tres mil palomas*

ERCILLA, 31 agosto 1977

pe 2196  
1977  
pag (58)



**EN BUSCA DE AFECTO**  
Gonzalo Robles y Coca Guazzini

y un loro, pieza de Andrés Pizarro con que *Imagen* reinaguró un cómodamente refaccionado Teatro Petropol (Villavicencio 349) nace de hondas y seguramente autobiográficas vivencias de su autor. Y el espectáculo supo proyectarlas al público.

En una nota del programa, el poeta Jorge Teillier habla de Pizarro, 40, como representante "de nuestra generación golpeada", uno de cuyos signos más característicos sería el fracaso matrimonial o de la convivencia de la pareja. "¿Qué queda ya —se pregunta Teillier como en la canción— de nuestros amores de hace 20 años?"

La obra transcurre a mediados de la década del 60, con aquellas minifaldas que ahora parecen tan lejanas como las crinolinas. Ofrece un cuadro de personajes desubidos frente a la vida que no logran un equilibrio, ni hallar un rinconcito que puedan sentir como propio. Su principal característica es la inestabilidad, la inmadurez emocional. Anhelan alcanzar una relación durable pero fracasan una y otra vez.

Tomás y Laura (Gonzalo Robles, Coca Guazzini) estuvieron casados y tienen un hijo. Ahora están separados pero se siguen viendo, como si no se reconciliaran con el amor perdido y, a golpes y tropezones, quisieran revivir lo que ya no puede ser. Hay en ellos y también en Gabriela (Shlomit Baytelman) —amante de Tomás— un afán de relación estable, constantemente frustrado por su propia incapacidad de entrega emocional. La aridez y desorden de la buhardilla o taller en que vegeta Tomás es como un reflejo de la vida interior de los personajes.

Ese ambiente lo recrea Andrés Pizarro con un diálogo ágil y abundante humor; paralelamente, no pretende defender ni justificar a sus personajes, sino simple-

mente presentarlos como son. La imagen resultante es a la vez dura, casi cruel y de una gran empatía y compasión.

La dirección de Gustavo Meza —en forma de teatro a la redonda— supo recrear este ambiente y elementos en forma muy acertada. Igualmente importante es su trabajo con los actores. Tanto en el caso de los ya nombrados, como aquel de Juan Cuevas (como Manuel), los actores progresaron y se enriquecieron en relación con su labor anterior.

El resultado es un buen espectáculo que merece una favorable acogida del público, junto a una obra que lanza a un nuevo autor nacional. Sólo cabe desear que Andrés Pizarro siga escribiendo teatro.

**RESEÑA (2)**

**Progreso en Las Condes**

□ Con una obra de Neil Simon, el autor de comedias más exitoso de EEUU

Hace algún tiempo no faltaban quienes se negaban a tomar en serio a Neil Simon. Escribía comedias y había años en que sus derechos de autor subían al millón de dólares y temporadas en que tres obras suyas figuraban —a sala llena— en la cartelera de Broadway. Tanto éxito tenía que ser irreconciliable con la calidad.

Sin embargo, Simon podía compartir con Woody Allen el título de antipoeta de una neurosis llamada Nueva York. Su humor está enraizado en los mil y un problemas, grandes y pequeños, que surgen del vivir y sobrevivir en la gran ciudad. Es

la angustia transformada en un flujo de humor casi obsesivo, que se traduce sobre todo en un diálogo que va de ida y vuelta entre los personajes con la misma velocidad y vericuetos que una pelota de pinpón, cuando los jugadores son chinos.

Simon no es un apóstol del complejo de inferioridad como Woody Allen, sino fundamentalmente un autor costumbrista y en *El prisionero de la Segunda Avenida* (Teatro Municipal de Las Condes) da rienda suelta a la actitud del neoyorkino hacia su ciudad, como cuna de desastres mil. La supervivencia en el trabajo, los ubicuos ladrones en cuanto alguien se descuida, los calores y fríos excesivos, la vecindad nada buena en un edificio de departamentos. Y como, en medio de todo aquello, Mel se convierte en un solo nudo interior, mientras Edna, su mujer, hace lo humanamente posible por apoyar y ayudarlo. Pero lleva las de perder.

Como la mayoría de las obras de Simon (*Pareja desaparecida*, *Plaza Suite*, por ejemplo) fue llevada al cine. Con el nombre *Prisionero de sí mismo*, interpretada por Jack Lemmon y Anne Bancroft, se estrenó el año pasado en el cine España; pero pasó casi inadvertida, como tantas veces sucede con el teatro filmado.

Ahora debiera irle mejor: dirigida por Hugo Miller, la comedia es el mejor espectáculo que la Compañía de Kanda Jaque ha presentado hasta la fecha en el Teatro de Las Condes. La interpretación de Malú Gatica y Walter Kliche, como la atribulada pareja del *Prisionero*, chispea gracias al ritmo que el director impuso al diálogo. Más débil, a pesar de un personaje bien compuesto por Armando Fenoglio, es la escena en que los parentes llegan a visita. Pero —de seguirse trabajando— puede alcanzar el mismo nivel que el resto de un espectáculo que, fuera de cumplir con su cometido de entretener, también tiene un trasfondo serio, interpretado con humor a granel.

Hans Ehrmann ■



**NUEVA YORK: DIFÍCIL SUPERVIVENCIA**  
Malú Gatica y Walter Kliche

Nº 2196  
1977